

### CAPITULO III

#### *Fiesta de la Razón (10 Noviembre 93)*

El obispo de París y otros resignan sus poderes.—Los comités intentan aterrorizar á la Asamblea apoyándose en la resistencia de Gregoire.—Irritación de Robespierre.—Los comités atacan á la Convención.—Esta y Chaumette de acuerdo.—Fiesta de la Razón en Nuestra Señora de París (10 Noviembre 93).—Bazire protesta del servilismo á que se somete la Convención y del envilecimiento de la Justicia.—La Convención acompaña á la diosa Razon á Nuestra Señora.

La sesión se abrió leyéndose una carta de un cura dictada por los comités enemigos de la Revolución religiosa, en la que el sacerdote abjuraba brutalmente de su fe y decía que tanto él como sus compañeros eran unos farsantes y charlatanes que pedían para ellos, su mujer y sus hijos.

Carta hábilmente combinada para aminorar los efectos de la dimisión de Gobel, queriendo demostrar que la supresión del clero aumentaría las cargas públicas.

Gobel y su clero, conducidos á la Comuna, no abjuraron ninguna doctrina y se limitaron á dimitir. Muchos curas y obispos de la Convención lo imitaron, especialmente el hermano de Lindet, que habló con gravedad y nobleza: «No dimitimos para destruir, si no para reemplazar.»

Chaumette rogó á la Asamblea que en el almanaque se designara un día para celebrar la fiesta de la Razón.

En el nombre de esta diosa un obispo católico y un ministro protestante se reunieron en la tribuna y presentaron su dimisión, dándose las manos. No abjuraron, diga lo que quiera el *Journal de la Montagne*, redactado entonces por un robespierrista.

En estos momentos solemnes, Amar, en nombre del comité de seguridad general, deja oír su dulce voz para pedir que se cierren las puertas de la Asamblea, como así se acordó. Amar leyó entonces una carta dirigida de Rouen á un miembro de la Asamblea, comunicándole

que Rouen «iba en masa á socorrer la Vendée.» Lo contrario era quizás lo exacto. Los comités sabían perfectamente que los normandos estaban en marcha contra la Vendée. La invención pareció tan miserable que la Asamblea pidió á voz en grito el nombre del que se atrevió á firmar semejante cosa. «¡Nuestra libertad—dice Bazire—depende de un anóni-



ANDRÉS CHENIER.

mo! ¡Si esto basta para arrestar á un representante se puede dar por hecha la contrarrevolución!» Amar descendió de la tribuna.

El último que habló en este sentido fué Gregoire, el obispo de Blois. Gregoire, galicano de colérico temperamento, sanguíneo, orgulloso, al tener que defender al gobierno hizose el valiente contra la Montaña: «Yo no tengo mi autoridad ni de vosotros ni del pueblo. Soy obispo y continuo siéndolo.» La Montaña lanzó furiosos gritos; pero los galicanos podían desafiarlos al abrigo como estaban de los comités de Robespierre.



La irritación era extremada contra el acto incalificable de los comités. En los Jacobinos se osa atacar á un tal Leveaux, director del *Journal de la Montagne*, que había publicado un artículo religioso. Los Jacobinos le quitaron la dirección del periódico y nombraron presidente de la sociedad á Anacarsis Clootz.

La noche misma de la gran sesión, Clootz en los comités había observado la irritación de Robespierre, pero tuvo prudencia. Robespierre, sin tocar el fondo de la cuestión ni dejar presentir sus próximas denuncias, se limitó á decir: «¡Queréis conquistar á la Bélgica católica y la habéis puesto contra nosotros!»

Mientras Clootz hablaba con Robespierre, Chaumette, de regreso de la Comuna, se sentó en el consejo general y pidió que la fiesta á la diosa Razón que había de celebrarse en el Circo del Palais-Royal se celebrara en la iglesia mismo de Nuestra Señara de París.

Tomaba una posición agresiva contra los comités. Estos resolvieron responder con un golpe de terror contra la Convención. Aterrorizada, quizás ella misma inferiría una herida de muerte á la Comuna.

Poseían un medio para hacer temblar á la Montaña. No había ni un solo montañés que no hubiese salvado á algunos proscritos. Los más exaltados hablando eran frecuentemente los más humanitarios. Se tenía la prueba de que uno de los más furibundos vivía con una emigrada. Esta mujer, muerta de miedo, se dirigió á la jaula misma del león: se entregó á Osselin, que era miembro del comité de Seguridad general. Fué descubierta en París. La salvó Osselin y la entregó después á su tío, vicario de un villorrio de Versalles. Osselin, para borrar toda sospecha se hizo un furioso terrorista. En Octubre acelera el decreto que causa la muerte de la Gironda. En Noviembre hace arrestar á Soules, amigo de Chalier, administrador de policía por haber libertado á gentes ligeramente sospechosas. El mismo día 9 de Noviembre el comité de Seguridad arranca á Osselin su máscara ante la Convención.

La Convención tembló. Otros muchos se sentían culpables.

El acontecimiento causó su efecto contra la Comuna.

La sección de Henriot pide que se persiga á los girondinos que votaron contra la comandancia de Henriot del ejército revolucionario. Chaumette dejó escapar gritos sinceros de su alma y habló enérgicamente contra este *sistema universal de denuncias*.

Bajo esta bandera de moderación y de indulgencia se inaugura la nueva religión. Gossec había escrito himnos y Andrés Chenier había escrito las palabras.

En el templo de Nuestra Señara se levantó el altar de la Filosofía adornado con las estatuas de hombres sabios y prudentes. Sobre una roca ardía la llama de la Verdad. Los magistrados sentábanse al pie de las columnas. Ni armas, ni soldados. Dos filas de niñas vestidas de blanco, llevando en la cabeza una corona de roble, no de flores como se ha dicho, completaban el adorno del templo.

¿Cuál sería el símbolo de la Razón? El día 7 aun se quería que fuese una estatua, pero se recuerda que esta pueda evocar el recuerdo de la Virgen y convertirse en objeto de superstición. Se prefiere un objeto que en cada fiesta adopte una forma distinta para evitar la idolatría. Los fundadores del nuevo culto recomiendan desde las columnas de sus periódicos á quienes quieran celebrar la fiesta en otras poblaciones que escojan para ocupar un sitio tan augusto á personas respetables en las cuales exista el sentimiento de la más pura honestidad. Estos consejos se siguen al pie de la letra y por grado ó por fuerza siempre fueron hijas de familias estimadas las que representaron á la diosa Razón.

En París fué representada por una gran artista, amada y respetada, la señorita Maillard.

La Razón vestida de blanco, bajo un manto azul sale del templo de la filosofía y se sienta en una silla adornada con verduras.

Las niñas cantan el himno y la diosa mira dulcemente á todos, mostrando una encantadora y tierna sonrisa.

Entra en el templo nuevamente... Todavía cantan... Casta ceremonia, triste, seca, lánguida.

La Convención, que había prometido asistir, no lo hizo porque una violenta discusión la retuvo ocupada todo el día.

Aprovechando una ocasión Bazire habla nuevamente del asunto Osselin. El también había salvado proscritos. Habló con una vivacidad, con franqueza, sin reserva, espontánea, hasta el extremo de herir la sensibilidad de la Convención.

«¡Regresamos directamente á los tiempos del despotismo! ¡Solo las muchas víctimas aplacan el furor que han despertado los insensatos! ¿Qué se quiere perseguir? Aterrorizar á la Asamblea para que enmudezca. Todo el mundo huirá entonces de las funciones públicas y todo terminará en la más completa soledad.»

Ya se dejaba sentir. La desertión se observaba desde hacía algún tiempo. A los clubs no asistía nadie.

El club central de las sociedades populares fué visitado un día por los jacobinos que no encontraron más que seis personas en su interior.

En esta época aun escaseaban los jacobinos. Cuando Couthon pidió cuarenta para pacificar á Lion rechazaron la proposición por temor á quedarse despoblados. Aun los puestos retribuidos se aceptan muy forzadamente. Kleber dice que el nombramiento de general era un pasaporte para el patíbulo.

Volvamos al discurso de Bazire.

Los pocos culpables ó traidores que había en aquella época eran incapaces de perder á la República. Hubiera valido más dejarlos libres que aterrorizar como se hizo á la Asamblea hasta el suicidio.

La Francia, salvada entonces por la victoria de Wattignies, tenía ante sí seis meses de tranquilidad para reconstituirse. Lion se había en-



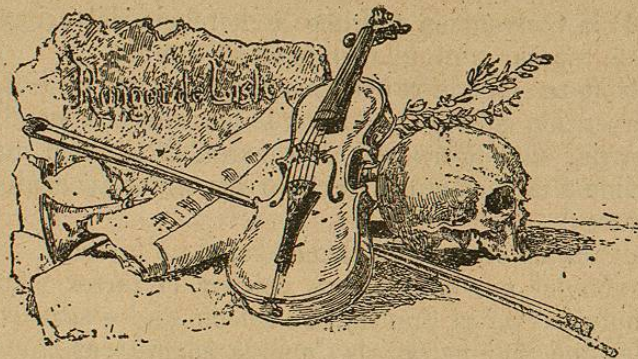
tregado. Faltaba solo tener dos puntos de la extrema frontera: Laudan y Tolon. Esta situación no explica el aniquilamiento sistemático de las libertades de la tribuna.

Aunque Chabot, Thuriot, Desmoulins y otros hubiesen hablado torpemente, La Asamblea siguió á Bazire y dictó que ninguno de sus miembros iría al tribunal sin haberse explicado antes en la Convención.

En este momento entró en la Asamblea la diosa Razón seguida del cortejo de niños vestidos de blanco.

La Razón, la Humanidad conducida por Chaumette por su iniciativa valerosa de la víspera, armonizó con el sentimiento de la Asamblea.

Entre el pueblo, la Comuna y la Convención estalla un sentimiento de fraternidad.



#### CAPITULO IV

##### *La Convención sigue el nuevo movimiento (Noviembre 93)*

La Convención cede las iglesias y presbiterios á los pobres para fundar escuelas.—Suprime la herencia del crimen.—Hebert ataca á los convencionales.—La Convención, asustada, se acerca á Robespierre.—Posición de Chabot y Bazire.—Terror.—La monarquía de comités.—La Convención acoge los despojos de las iglesias.—Robespierre asegura que la Convención no atacará el catolicismo.

La iniciativa de la Comuna fué seguida sin dificultad por la Convención y el 16 decretó que los templos que servían al culto y de alojamiento á sus ministros deberían servir también de asilo para los pobres y para establecer escuelas de instrucción pública.

La Asamblea declaró implícitamente la muerte del culto público.

La Convención pensó que el realismo y el catolicismo son dos cosas idénticas, dos formas del mismo principio; encarnación religiosa y encarnación política.

La Convención no se detuvo ante los Gregoire, ante la inconsecuencia absurda de los galicanos que no saben lo que existe en el fondo de su dogma. Este clero, republicano de posición, por la fuerza de las cosas, observaba los principios más opuestos á la República. Su patriarca Gregoire murió en el dogma monárquico del mundo salvado por un hombre solo, en la fe contrarrevolucionaria de la herencia del crimen (ó pecado original). Muere exactamente como Bossuet sometido al Papa. Es la invariable historia de esta iglesia ridícula y respetable al mismo tiempo: poseyendo un gran espíritu de resistencia, de lógica, finalmente se somete á Roma.

La Convención no persigue á ningún clero y deja que Gregoire se sienta donde quiera con sus hábitos de color violeta. Mantiene sus pensiones eclesiásticas y nutre á los galicanos, cuya mayor parte trabajaba por la destrucción de la República.

El decreto de Cambon de cesión de templos fué votado por todo el mundo sin protesta.